

bría hecho cosas peores si Dios no me hubiese sostenido. Y otras veces decía: *Señor, no os fiéis de mí, porque soy un grande pecador*. Pues ¿qué otra cosa puede inducirte á soberbia? ¿Tal vez la ciencia que tienes? Á esto te decimos lo del Apóstol: *Quid habes quod non accepisti? Si autem accepisti, quid gloriaris quasi non acceperis?* Á más de que ¿no sabes que todo cuanto sabes es lo menos de lo que te falta por saber? También te exhortamos que te acuerdes de lo que dice el mismo Apóstol: *Mas por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido vana en mi alma*. Ahora, pues, dinos por caridad: ¿Cómo tendrás valor para tenerte en más que tus hermanos, aunque hagas algún poquito más que ellos, si todo eso lo debes á la gracia que Dios te ha hecho á ti más que á ellos? Verdaderamente que en lugar de soberbia debes sacar de aquí grande humildad y temor del juicio que te espera, según aquello de San Gregorio: *Ne nos qui plus caeteris in hoc mundo accepisse aliquid cernimur, ab Auctore mundi gravius inde judicemur*, etc.

3. En gran manera te exhortamos no hables ni digas jamás cosa que redunde en tu alabanza propia, según aquello de San Bernardo: *Nihil unquam de te loquaris quod laudem importat, quantumcumque sis familiaris illi cum quo loqueris*: y lo observarás con toda fidelidad, á no ser que la gloria de Dios y el provecho de las almas exija lo contrario, á imitación del Apóstol, que así lo practicaba.

4. Item, te mandamos que no sólo te abstengas de hablar de ti alabanzas, si que también desprecios; debes portarte como si no existieras en este mundo, porque el amor propio es tan sagaz que cuando no puede subir directamente á la alabanza, mira de subir indirectamente por medio de los desprecios; por lo que si alguno por alguna cosa te alabare, procura del mejor modo que puedas cortar la conversación sin que digas palabra para rehusar la tal alabanza, porque dejarías en descubierto la humildad, sino que con mucha prudencia pasarás á otra cosa, diciendo allí dentro de tu corazón: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*. Mas si alguno te desprecia, alégrate, porque eres tratado cual mereces, deleitándote en tal desprecio y humillación; advirtiéndote que esto será como la piedra de toque para conocer si eres humilde ó no.

5. Pídelo á Dios por los méritos de su Hijo Santísimo el cual *cum in forma Dei esset exinanivit semetipsum formam servi accipiens*; de la Virgen Santísima, que tan humilde fué: *Quia respexit humilitatem ancillae suae*; de San Pedro, que decía: *Exi a me Domine, quia homo peccator sum*; de San Pablo, que á pesar de haber sido arrebatado hasta el tercer cielo, decía: *Venit ipsos salvos facere peccatores quorum ego primus sum*; y de otros muchos que resplandecieron en esta virtud.—*Vale*.

EL CORO DE LAS VIRTUDES

Al alma que por la benditísima misericordia del Señor es elegida para adorar al Sagrado Corazón de Jesus estando en nuestro Coro.

Alma querida, ya que por la fineza del amor del Sagrado Corazón te hallas sublimada á nuestro Coro, quisiéramos que le correspondieses, y para esto te decimos que nosotros somos llamados Virtudes porque excedemos á los otros en fortaleza y la comunicamos á ellos para obrar; queriéndote dar á entender con esto que tú también te debes ejercitar en la fortaleza á fin de desarraigat todos los vicios de tí y plantar en su lugar las virtudes todas, y haciéndolo así comunicarás, sin duda, á tus hermanos fortaleza para obrar, porque nada tiene tanta fuerza para con los otros como el buen ejemplo; de aquí es que de Jesús, óptimo Maestro, se dice: *coepit facere et docere*; y nóvalo bien, porque no sólo dice *docere*, sino *facere*, y lo que es más, antes dice *facere* que *docere*.

Esta fortaleza de que te hablamos y á la que exhortamos, tal vez pensarás que es aquella virtud moral que tiene por oficio templar las osadías y temores; y á la verdad, no te hablamos de ésta por ahora, mas te hablamos de una fortaleza general que sirve para vencer todas las dificultades que te impiden el uso de las virtudes; de suerte que en cuanto mayor grado tengas las virtudes todas, tanto serás mayor en la fortaleza, y de aquí es que nosotros absolutamente somos llamados Virtudes por la fortaleza.

¡Oh alma querida! Si conocieras el valor de esta fortaleza de que te hablamos, sin duda que velarías día y noche para

adquirirla, pues que ella es como un capitán de las virtudes todas; y así como los soldados que tienen la suerte de tener un capitán instruido y valiente todo lo vencen, y, por el contrario, si es flaco y cobarde siempre son vencidos, del mismo modo las Virtudes, si tienen por capitana á la fortaleza valiente y esforzada, nada hay que no vengzan, nada que no superen, nada que no hagan rendir á su dominio; mas ¡oh miseria! si es débil y lánguida esa fortaleza, ó si está muerta, todo el escuadrón de las Virtudes irá por tierra.

No pienses que te hablamos de una cosa imposible, por más que muchos te la presenten como impracticable, y si no, da una ojeada con reflexión y verás cuántos y cuántos hay pobres, desnudos, descalzos y amarillos, faltos de sueño y de regalo y de lo que es necesario para la vida, y es tanta su fortaleza que aún no se contentan con lo dicho, sino que con todas veras desean padecer más hasta entregar la vida. ¡Oh, cuánta verdad es que el amor es fuerte como la muerte! *Fortis est ut mors dilectio*. Y algunos que por la gracia del Señor han podido reducir sus deseos á la obra, como los santos mártires, ¡con qué valor han superado sus tormentos! Bien podían los tiranos inventar nuevas máquinas, pero no podían inventar modo alguno de vencerlos, de suerte que era tanta su fortaleza que antes perdían la vida del cuerpo que dicha fortaleza del alma.

Con los ejemplos de estos tus hermanos debes estar resuelta á poseer esa tan noble fortaleza, y no pienses que por ahora pretendamos de ti la fortaleza que ellos tuvieron, no; solamente queremos que tengas fortaleza para vencer esa vergüencita del qué dirán, si haces esto que Dios pide; un poco más de fortaleza para reprimir esos movimientos de cólera; un poco más de fortaleza para vencer esa pereza para lo bueno, etc.; y no desmayes, que si te ejercitas en estas cosas, al parecer muy pequeñas, pero fáciles, te prometemos que, ayudado de Dios, tendrás fortaleza para las grandes; y en prueba de esto te decimos que los más de aquellos que sabes han tenido fortaleza para cosas grandes es porque la ejercitaron en las pequeñas, y á la verdad, este es el orden que el Señor ha puesto en la naturaleza, á saber: que de lo fácil se pase á lo difícil; y es cosa que causa risa el oír á algunas personas que se precian de devotas, las cuales presumen tener fuerza para padecer martirio

y no tienen fuerza para sufrir á su vecina que las toca un poquito en la fama, por lo que, créenos, sufre con fortaleza lo poco y fácil, para que tengas fortaleza para vencer lo mucho y difícil cuando sea menester.—*Vale*.

EL CORO DE LAS DOMINACIONES

Al alma que por la adorable misericordia del Señor tiene el honor de rendir alabanzas al Sagrado Corazón de Jesús.

Muchísimo nos regocijamos, alma querida, de tu suerte, pues que sin mérito alguno de tu parte, solamente por la misericordia del Señor y méritos de su Hijo Santísimo Jesucristo, tienes el honor de estar unida á nuestro Coro para rendir las más humildes adoraciones al Sagrado Corazón de Jesús; por lo que procurarás un comportamiento tal que sea una fina correspondencia á tu vocación; y si quieres corresponder á tu vocación, haz los oficios que tu vocación te impone. Bien sabes que eres llamada á nuestro Coro de las Dominaciones; pues haz obras de dominación. Nosotros somos llamados Dominaciones, porque tenemos todos los demás órdenes inferiores sujetos á nosotros, de suerte que en todos sus oficios acerca de las cosas que se han de hacer se regulan por nosotros; de aquí es que somos llamados Dominaciones, como hemos dicho. De lo dicho hasta aquí ya tal vez entenderás cómo ejercitarás oficios de dominación, según tu destino particular; mas ante todo, permítenos que te lo expliquemos algún tanto para mayor aprovechamiento tuyo. Si haces alguna reflexión sobre ti misma, hallarás que estás constituida de tal suerte que eres criada para dominar, y en esto no pongas duda alguna; mas para mayor evidencia te lo manifestaremos. Has de saber que eres criada para informar ó vivificar á ese cuerpo al cual estás unida, y de tal suerte estás á él unida, que tú lo debes regir y dominar. Y has de notar esto muy bien, no sea caso que en lugar de dominar seas de él dominada; pues esto, como dice el sabio, sería un desorden intolerable. Por tanto, quisiéramos que estuvieses en la persuasión que todos los males que hay sobre la tierra provienen de que la carne que debería ser esclava, domina al alma, que es la verdadera señora; y así, no quieras tú ser del número de las necias, sino que te has de

considerar señora, como de verdad lo eres, del cuerpo á que estás unida, y así procurarás dominar el apetito sensitivo con todos sus movimientos y afecciones, de suerte que no permitas jamás que dicho apetito ame ó aborrezca objeto alguno sin que sea por ti mandado. Sin embargo, acontecerá muy á menudo que sin pedirte licencia querrá mandar y gobernar á su antojo, mas tú entonces debes velar; pues que si duermes te usurpará la jurisdicción; y, por tanto, al momento que lo adviertas echarás mano del azote y le harás pagar su rebeldía, de suerte que venga á amar lo que antes aborrecía, y aborrezca lo que antes amaba. Querémoste decir, que ese animal con actos contrarios á los suyos se doma y se deja domar de tal suerte por los que saben velar sobre él que jamás se atreve á hacer, por más que lo quiera, sino lo que quiere la razón, su señora, y aun llega á perder con el tiempo este su mismo querer, y no quiere otra cosa que lo que quiere la razón. Nos parece que embelesada te oímos ya exclamar: "Explicadme, por caridad, un poco más el secreto de domar á esa fiera; pues es enemigo para mí tan temible, que si bien con la gracia divina no temo al demonio con todas sus astucias, ni al mundo con todos sus atractivos, mas la carne... ¡ay!... me espanta." Atiende, pues, y lo sabrás: dos cosas requerimos de ti: primera, una grande desconfianza de ti misma, y una grande confianza en Dios, acordándote de aquello: *Sine me nihil potestis facere... omnia possum in eo qui me confortat*; y entonces Dios te ayudará, *quia Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam*; segunda, un continuo trabajar, pero con sosiego y tranquilidad acerca de tu apetito y sensualidad. Vas, verbigracia, por una calle en cumplimiento de tus obligaciones, y entretanto estás considerando cómo el buen Jesús iría por las calles de Jerusalén preso y maniatado; y mientras que tu alma le rinde los más humildes obsequios de amor y adoración, respeto y compasión, he aquí que tus ojos inconsiderados se sueltan á mirar por allá y acullá, y llenan tu imaginación de ideas y fantasmas en tanta abundancia, que rebosando hasta el alma, echan á rodar aquella tan buena consideración. Entonces, tan pronto como lo adviertas, vuelve sobre ti misma y pregúntate: "¿En dónde estamos, pensamientos míos?" Y luego, acudiendo al Señor, le dirás: "Señor, salvadme, porque voy á perecer." *Domine salva nos, perimus*; y volviéndote á

tus ojos, diles: "¡Oh ojos míos, ya veis qué daño habéis causado!; y así, justo es que paguéis el daño que habéis ocasionado, y en pena de eso estaréis fijos en tierra sin divertirlos hasta pasar esta calle"; y de aquí adelante tendráslos en grande cautela, entendiendo lo mismo de los demás sentidos y afecciones del apetito sensitivo, procurando siempre tenerlos todos sujetos, y al momento que veas que se hayan apartado de tu dominación, ó se vayan á apartar, corrígelos al instante por pequeño que sea su desvío. No pienses que esto sea cosa de poco momento, pues que de ello depende tu salvación si dominas bien; mas, por el contrario, si dominas mal ó te dejas dominar de tu parte inferior, esclava que debe ser dominada, todos os perderéis. Y así procura dominar bien, esto es, haz que todas las acciones de la parte inferior sean regidas y gobernadas de la razón, y que unas y otras se dirijan por la ley de Dios, y, por tanto, imitarás nuestro modo de dominar y te harás digna de permanecer en nuestro Coro.—*Vale*.

EL CORO DE LOS TRONOS

Al alma que por la misericordia de Dios tiene la dicha de alabar al Sagrado Corazón de Jesús estando en medio de nosotros.

Con grande regocijo te damos mil parabienes, alma dichosa, por la suerte feliz que te ha cabido de ser admitida en nuestra Orden ó Coro para dar alabanzas á aquel Señor que tan digno es de ellas; mas deseando tu aprovechamiento, te diremos algo de nuestro empleo, á fin de que, ocupándote tú también en él, goces de la dicha que nosotros gozamos.

En primer lugar, nosotros somos llamados Tronos por la connivencia que tenemos con la silla ó trono material; pues así como en la silla material se sienta el Señor y está de un modo elevado, así también nosotros servimos de trono ó asiento al Señor de la majestad; por lo cual, ya que la gracia te ha sublimado tanto, has de procurar ser un verdadero trono de Él elevando todos tus pensamientos, palabras y obras del bajo suelo á lo más encumbrado del cielo, para que en ti y en todo cuanto hagas descansa el Señor como en un verdadero trono.

En segundo lugar, en las sillas ó tronos materiales se con-

sidera la firmeza, en la que se apoya y descansa el Señor; mas en nosotros va al contrario, toda nuestra firmeza la tenemos del Señor, del que en todo somos deudores; y lo mismo dirás tú reconociéndote deudora y muy obligada á este Señor, humillándote continuamente, no presumiendo nada de ti, considerando tu vileza.

En tercer lugar, en la silla material se sienta el Señor y en ella es llevado; así, pues, el Señor de la majestad es traído por nosotros á los demás, por lo que procurarás tú también traer al Señor con grande tino en todo tiempo, pero de un modo especialísimo después que hayas comulgado, pues que entonces no solamente traes á Dios, si que también á Dios y hombre, y sería descortesía digna del mayor castigo, que habiéndote querido admitir en nuestro nobilísimo empleo, te retirases y nos dejases cabalmente en el tiempo mismo que con el Señor te venimos á visitar, en lo que te hacemos tanto honor que es imposible que lo llegues á comprender.

También somos llamados Tronos por la semejanza que tenemos con las sillas materiales, pues, como ves, las sillas están abiertas de una parte para recibir al Señor; así nosotros estamos prontamente abiertos ó aparejados para recibir al Señor y servirle; lo que debes hacer tú también, estando pronta y aparejada para cumplir todo lo que mandare, por arduo y difícil que te parezca, y no desmayes; pues que si te lo manda, fuerzas te dará para cumplirlo, por lo que acuérdate de lo que te tenemos dicho que la firmeza la tenemos de Él.

Lo demás ya lo aprenderás con el tiempo: ahora solamente te avisamos que te acuerdes de aquello que dice la Sagrada Escritura, que el Rey Salomón hizo un solio ó trono grande de marfil y lo vistió de oro purísimo; estaba colocado dicho trono sobre seis gradas, y en cada grada dos leones, y dichas gradas y leones estaban colocados sobre una tarima de oro, y así, sobre la tarima y gradas, estaba colocado el trono, y en los brazos de dicho trono había también dos leones, esto es, uno á cada lado como en las gradas. Ya tal vez entenderás lo que te queremos decir con esto: con todo, permítenos que te lo expliquemos. El Rey Salomón es figura del Rey de la Majestad, del que tú pretendes ser trono y de verdad lo eres, porque siempre lo traes contigo, y principalmente cuando has comulgado lo llevas de un modo muy especial en tu corazón.

Mas ¡oh lástima, que no lo consideras! Pero con la ayuda del Señor ya lo harás de aquí en adelante; y así, trabaja por hacerle un verdadero trono, entendiendo que el trono de Salomón fué de marfil: en el que está simbolizada la pureza; de aquí es que la Santísima Virgen es llamada *Turris eburnea*, Torre de marfil; después dice que vistió dicho trono de oro purísimo, en el que está simbolizada la Caridad; de aquí es que la Santísima Virgen es llamada *Domus aurea*, Casa de oro. Ya ves lo que se requiere para ser trono del Salomón divino: Pureza y Caridad. Habrás observado también que en el trono de Salomón lo primero que se levanta es una tarima de oro; así, pues, lo primero que ha de llamar tu atención en ese trono ha de ser la Caridad. Después dice que sobre la tarima de oro había seis gradas: éstas son en el trono espiritual los dones del Espíritu Santo, á saber: Entendimiento, Sabiduría, Consejo, Fortaleza, Ciencia, Piedad; y, por último, estaba el trono, y éste será en ti el Temor de Dios; porque, como dice la Sagrada Escritura, el Temor de Dios sobre todas las cosas puso su silla. *Timor Dei super omnia se superposuit*. También es digno de notarse lo que se dice del trono de Salomón, y es que había 14 leones, esto es, dos en cada grada y dos en el trono; el león ya sabes que es símbolo de la fortaleza (*Vicit leo de tribu Juda*), y aquí el hallarse doblados, uno por parte, te indica que con doblado esfuerzo y por todas partes has de resistir á todo lo que se oponga á lo dicho.

¡Oh, qué silla y trono tan hermoso es para el Corazón de Jesús y para Dios el temor santo y filial, en tanto que, enamorado, dijo que todas sus delicias eran estar con los hijos de los hombres!— *Vale*.

EL CORO DE LOS QUERUBINES

Al alma que por la gracia del Señor se halla sublimada en el Coro de los Querubines para rendir alabanzas al Sagrado Corazón de Jesús.

Feliz el día, alma querida, que has sido elegida entre muchas para ser predilecta discípula del Señor; no dudamos que aprovecharás muchísimo en la escuela de tal Maestro, porque es imposible atender debidamente á sus lecciones y no quedar

muy instruída; y para que mejor te persuadas de lo dicho te decimos que nosotros somos criados también de la nada como tú, y de nosotros mismos somos nada; pero con todo, hemos recibido de Él tanta sabiduría que somos llamados Querubines, y la misma recibirás tú si atentamente atiendes á lo que te enseña, y lo debes hacer para que te hagas digna de ser admitida en nuestro Coro. Mas por lo bien que te queremos y parte que tomamos en tu aprovechamiento, nos ha parecido más conveniente el que te diésemos algunas reglas ó avisos á fin de que aproveches más en esta escuela, y así te decimos que te acuerdes de aquello que dice el Apóstol: *Qui vult sapiens esse stultus fiat*; el que quiere ser sabio hágase necio, esto es, renunciando toda sabiduría mundana y gloriándose, como lo hacía el mismo Apóstol, de no saber otra cosa que á Jesús crucificado. ¡Ay, alma querida, dichosa mil veces si con toda atención te sabes aplicar á las amorosas lecciones que te dará tu Maestro y buen Jesús en las meditaciones de su Pasión y muerte! Cuando descubras tanta humildad, tanta paciencia, tanta mansedumbre, en una palabra, tanta caridad por una criatura tan vil y despreciable como tú, te derretirás en lágrimas de ternura, de compasión y de agradecimiento; buscarás por todas partes medios y ocasiones para mostrarte agradecida á tantas finezas de amor, y de aquí sacarás aquella hermosísima consecuencia que consiste en amar á Dios sobre todo y en aborrecerte y despreciarte á ti más que todo, teniéndote por la más vil de las criaturas, por la más digna de desprecios y vilipendios, admirándote cómo la tierra sufre sobre su superficie una criatura tan ingrata como tú. No pretendemos decirte con esto que eches al olvido el estudio de aquellas ciencias que son buenas, útiles y honestas; antes por el contrario, te rogamos que te apliques mucho en ellas, pues que en ellas y por ellas subirás, como por escalones, al conocimiento de las grandezas del Señor, como lo enseña su Apóstol: *Invisibilia Dei per ea quae facta sunt intellecta conspiciuntur*; sino que te abstengas de la ciencia mundana, porque *scientia mundi inflat*, y esta ciencia consiste en las cosas malas, complaciéndose ó deleitándose en ellas, y aun en las buenas, útiles y honestas, aplicándose á ellas por vanidad y soberbia, por sobreponerse á los otros, por ser tenido en veneración de los demás, etc., etc.; y ésta te suplicamos que la huyas más que la

peste. Y así, toda tu aplicación sea por Dios, en Dios y para Dios.

Por Dios: acordándote de lo que dice el Profeta: *Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laboraverunt qui aedificant eam*; sí, en vano te aplicarás al estudio, en vano oirás el sermón y tendrás conferencias espirituales si el Señor no te ilumina, y, por tanto, pídele incesantemente la inteligencia de lo que lees y oyes; porque, como dice San Vicente Ferrer, la sabiduría viene del Padre de las luces, y de ningún modo es obra de nuestro ingenio ni de nuestro trabajo.

En Dios: todo cuanto hagas, digas ó pienses sea siempre en el Señor, como dice San Pablo; sí, alma querida, en Él hemos de vivir y en Él hemos de existir; procura continuamente decirte á ti misma: “¿En donde estás?,” Y hallarás que estás en la presencia de Dios. ¡Oh! Con qué brío y prontitud harás todas tus cosas, lo mismo que lo hace un enamorado con la persona á quien ama; y si en alguna cosa faltas, como puede suceder por tu grande flaqueza, corrígete al instante que lo adviertas, diciendo: mira que Dios te ve; humíllate, pídele perdón, y adelante sin desalentarte.

Para Dios: sí, para Dios has de saber, pensar, decir y hacer, de suerte que todo lo que hagas, digas y pienses sea siempre para Dios. Di antes de obrar: “Señor, hago esto por contentaros y daros gusto.” ¡Oh, qué mérito tendrán todas tus obras hechas por un fin tan noble! Porque por pequeñas que sean, serán muy grandes en la presencia de Dios, como nos lo manifiesta Cristo Señor Nuestro en aquella mujer que dió sólo dos maravedises para la fábrica del Templo. Sí, en esta recta intención ha de consistir todo tu saber, por ella te harás santa extraordinaria sin hacer cosas extraordinarias, y sabiéndote hacer santa ya lo has sabido todo y has llegado á la cumbre de la ciencia de Querubín, que es lo que te deseamos.—*Vale*.

CORO DE LOS SERAFINES

Al alma que por la adorable misericordia del Señor es llamada para adorar y alabar la bondad del Sagrado Corazón de Jesús, estando en medio de nuestro Coro.

¡Albricias, alma dichosa! Alégrate sin cesar por la dicha que has tenido de ser llamada para adorar y alabar al divino Corazón de Jesús; no creas que nos dolemos de tu buena suerte, pues ya sabes que no tiene en nosotros cabida tal ponzoña; antes por el contrario, tomamos, sí, tomamos grande parte en tu felicidad, y así bien te puedes prometer que te ayudaremos mucho; apresúrate, alma feliz, ven con nosotros á entonar aquel hermoso cántico, *Santo, Santo, Santo...*, etc. Date prisa, no tardes, pues que nuestro gusto es no sólo arder en las vivísimas llamas del más fino amor, y así, abrasados, servirle, si que también es nuestro gusto el ver que tú ardes en ese mismo fuego y que le sirves con nosotros. ¡Oh alma! ¿Por qué no vienes con nosotros? ¿Te detiene acaso tu pecado, tu iniquidad? Ánimo, no desmayes; ven, mira que está ya uno de nosotros con un ascua en la mano, enrojecida en el sagrado altar, para tocar tus labios como á otro Isaías, y quedarás limpia, como él, de toda iniquidad y pecado.

Mas para que tengas de nosotros alguna noticia, te diremos algo de lo que somos, valiéndonos de la comparación de las cosas materiales para que mejor nos entiendas. Bien sabes que somos llamados Serafines por el grado sublime ó exceso de caridad que hay en nosotros: de aquí es que somos comparados al fuego; pues así como en dicho elemento está el calor de un modo excesivo, así en nosotros está la caridad, que también es fuego; de un modo excesivo. Por lo que en el fuego se pueden considerar tres cosas:

Primera, un movimiento continuo hacia arriba, y esta comparación nos es bastante adecuada, pues que nosotros continuamente nos movemos hacia Dios, y lo mismo harás tú, alma dichosa; como otro incendio del amor de Dios, dirigirás tu llama hacia Él. Ni nos digas que no puedes por las muchas adversidades, contradicciones, etc., etc., que padeces, porque te responderíamos que, cuando la caridad está bien encendida,

nada es bastante para apagarla: *Aquae multae non potuerunt extinguere charitatem*; á más de que ¿no ves tú misma que eso que alegas para no arder es motivo para que ardas más? Ya habrás observado que cuando un horno está encendido, si le echan leña en grande abundancia, al principio no puede despedir de sí sino humo; pero no se apaga, no, sino que se va reanimando, y, por último, rompe una llama mucho más elevada que la que antes tenía, haciendo servir de medio aquello mismo que á primera vista le era de tanto impedimento.

Segunda, se halla en el fuego una virtud activa que se llama calor, y éste es en grado muy grande y penetrativo por su actividad. Cuál sea el grado de su calor lo conocerás por sus efectos, porque bien sabes que con su calor llega á calentar y aun á hacer hervir el agua más fría y congelada; su actividad también la conocerás si observas que deshace y purifica las partículas, aun las más pequeñas, de los cuerpos más duros y empedernidos.

Así nosotros, con el grande y excesivo fervor de la caridad que tenemos, hacemos arder á los demás en esas mismas llamas de amor, purificándolos al mismo tiempo en dicho incendio.

¡Ay! Alma feliz, todos nos empeñamos para tu dicha; de aquí es que repetimos que te metas entre nosotros y verás cómo arderás, y si quieres que te digamos de una palabra qué queremos de ti, es que ha de pasar en ti lo que se dice pasa en el *Ave fénix*. Ya habrás, tal vez, oído decir que este animal, antes de morir, hace un montón de palos de cedro, sobre el cual se pone él, y, cuando el sol está en su meridiano, entonces el animal le mira hito á hito, batiendo entretanto las alas, y es tanto el calor que recoge que llega á incendiar aquella leña de cedro, quedando él convertido en cenizas, y de las cenizas nace un gusanillo, el cual va creciendo y tomando alas, quedando convertido en ave hermosa y ligera mucho más que antes.

Así lo harás tú, alma querida: reunirás y harás un montón de todas tus codicias, carnalidades, engreimientos, etc., y subirás de pies á este montón, tan oloroso para los mundanos, y te pondrás á mirar al Sol, esto es, al buen Jesús en su Pasión y muerte, y principalmente en el Santísimo Sacramento, que es el meridiano de su amor, y sé constante en mirarle hito á

hito batiendo las alas de tu corazón en santos deseos de servirle, de imitarle, de sacrificarlo todo por su amor; y verás que causará en ti tanto calor que incendiará todo el montón de carnalidades, y hasta el ave de tu vanidad y soberbia, que se remontaba presuntuosa, quedará toda convertida en cenizas, acordándote entonces de aquello que dijo Dios: *Pulvis es*: eres polvo. Estando así muerta para ti y para todo el mundo y reducida á cenizas en la consideración de tu nada, entonces continuará la gracia su obra y dará vida á esas cenizas; mas para que no te envanezcas les da forma de gusano, y te acordarás de aquello: *Vermis sum et non homo*: gusano soy y no hombre. Si eres fiel te dará alas é irás creciendo hasta llegar á ser un ave la más ligera y hermosa, y, en una palabra, llegarás á ser un Serafin como nosotros, y, por consiguiente, arderás inexplicablemente; y como tienes aún de vivir entre los mortales, tus hermanos, les comunicarás con tus ejemplos este calor de la caridad divina, viviendo de tal suerte que tu porte en palabras y obras sea una corrección tácita pero penetrativa del porte suyo aun en las cosas más mínimas é insignificantes.

La tercera propiedad que se halla en el fuego es la claridad; y ésta muy bien nos conviene porque tenemos en nosotros la luz inextinguible é iluminamos á los demás. Así lo harás tú, alma querida, procurando arder en el fuego de la caridad; y así como el fuego material es resplandeciente y claro para sí y para los demás, del mismo modo tú, con este divino fuego, procurarás iluminar á los mortales, tus hermanos, acordándote de aquello: *Luceat lux vestra coram hominibus*: resplandezca vuestra luz en presencia de los hombres; mas en esto te portarás con mucha prudencia, acordándote de lo que dice San Gregorio, á saber: "Que las buenas obras que haces las tengas con grande cautela, no sea caso que por este bien que haces busques el favor ó gracia humana y te arrastre el deseo de la alabanza, y lo que exteriormente se manifiesta ser grande, interiormente esté vacío de toda paga: esto es, sea nada.,, — *Vale*.



APÉNDICE SEGUNDO

Declaración de Doña Isabel II en el Proceso ordinario para la beatificación del Siervo de Dios.

Confirmando los hechos y virtudes del Excmo. é Ilmo. señor D. Antonio María Claret, Arzobispo de Trajanópolis, de que hacen relación los artículos del capítulo IV del Proceso de Introducción á la Causa de beatificación, que presenta el Postulador Rdo. P. Villaró, durante el tiempo que fué confesor mío desde 1857 á 1869, debo añadir:

1.º Que cuando aceptó el cargo de mi confesor le costó mucho aceptarlo, por el temor de verse en la corte y porque su humildad le hacía querer vivir lejos de todo lo que fuera honores. Yo le elegí para ser mi confesor, porque sabía sus virtudes y me constaba lo santo que era, y se me habían contado varios milagros que siendo Misionero había hecho. ¡Cuántas y cuántas gracias he dado á la Providencia porque me había puesto á mi lado un Prelado tan santo! ¡De cuánto consuelo me ha servido en muchas ocasiones y cuánto he podido comprender cuánto podían sus oraciones para con Dios y María Santísima, de quien era tan devoto!

2.º Nunca se ocupó en política, y para nada quería aconsejarme en ella, como no fuera para expresarme su parecer en los asuntos que pudieran interesar á la Iglesia ó al Sumo Pontífice, como sucedió cuando el reconocimiento del Reino de Italia, á que me obligaron las circunstancias y contra mi voluntad, y por lo cual el Sr. Claret quiso ausentarse de la corte y de mi lado, dejándome en el mayor desconsuelo, y habiendo estado mala de pena; y no me repuse hasta que recibí carta de Roma, en la que se me decía que mi santo confesor volvería á mi lado con la bendición de Su Santidad.

3.º Que siguió conmigo siendo mi director espiritual hasta 1869, en que él, ansioso de morir, como tan á menudo me de-